



MI BELÉN ACTUAL

La macro Navidad actual ha llegado a unos extremos tales, que aquellas lejanas navidades de mi infancia, son como una calcomanía absurda del baúl de los recuerdos que se disipa poco a poco hasta el límite de ser una difusa anécdota de lo entrañable aunque no agradable.

Hablan del consumismo y proliferación de ofertas extravagantes como principales causas de este desbordamiento de locuras. Son tales los sistemas de difusión que cualquier parecido con lo que se entendía por “espíritu navideño” es pura casualidad. Dejando connotaciones religiosas aparte, creo aún en aquellos sencillos días de esplendor multicolor exentos de agobiantes símbolos comerciales. La navidad se limitaba a la compra de unos extras típicos y dos o tres comidas algo extraordinarias donde el pollo era el plato rey. Cuatro variantes de bebidas poco comunes como botella de “champán” semidulce en los mejores casos o sidra El Gaitero en la mayoría. Había peladillas y sopa de almendra, (no siempre) y a los postres, la famosa bandeja de dulces navideños que tenía que servir también por si venía alguna visita propia de estos días.

El Belén o nacimiento era otro elemento imprescindible en las casas de aquella oscura España de los 50 o 60. Insistiendo en mi total agnosticismo, debo señalar que el Belén significaba mucho para mis ilusiones infantiles e incluso adolescentes. Era un símbolo mágico de algo que no sabía bien entender su significado; con los años he ido comprendiendo los valores que simbolizaban aquellas pequeñas cosas de una Navidad sencilla y sin locuras ajenas a la misma. Solo el hecho del montaje del Belén, significaba un gran acontecimiento en el hogar familiar. La llegada de mi abuelo materno con escorias de la calefacción del Teatro Calderón vallisoletano,- donde trabajaba de portero-, era como el prelude de esas montañas rocosas donde subirían por sus escarpa-

dos riscos, las cabras y ovejas de patas de alambres acompañadas de ese pastor enfundado hasta los ojos con su capa y consabido perro. El gran (para mí) tablero y caballetes que todos los años por las fechas de la Inmaculada y día de la madre, subían desde el taller de mi padre, suponía el prelude de unas fechas que concluirían con la inigualable ilusión de la llegada de los Magos de Oriente. Mi hermana, gran dictadora por la diferencia de edad entre ambos, era quien mangoneaba todo el montaje de ese hermoso belén de la infancia; ella monopolizaba donde y de que forma iba creciendo la coreografía con aquél fondo de papel azul con estrellas de plata y paisaje pintado con acuarela blanca por mi padre. La estrella de oriente colgaba de extremo a extremo por dos hilos sujetos por sendas chinchetas. El olor a corcho de las casas y castillo, así como la fragancia del falso musgo mezclado con el de las escorias que formarían montañas, suponía un placer inigualable solo con el de aquellos esporádicos besos de la madre. Mi obsesión de entonces era que mi belén tuviese una luz eléctrica al menos en el portal para asemejarlo de algún modo a los que por estas fechas visitaba en iglesias o colegios de categoría. Pasaron años hasta que logré que una tímida bombilla roja iluminase el fondo de ese bonito portal y simulase unos rayos de gran esplendor. Diversidad de figuras con las acostumbradas desproporciones, formaban mi entrañable belén que año tras año resurgía de entre las cajas de cartón. La fantasía hacía que fuese el mejor Belén del universo pese a que era tabú el poder tocar las figuras, a excepción de ese “adelanto” que día a día iba haciendo a los reyes en su hipotético caminar hacia el portal de Belén, y que concluiría el mágico día 6 de enero con su triunfal llegada al pesebre....

Y así pasaban horas y días navideños sin televisión ni video juegos que llevarse a la boca o mejor dicho al cerebro. La radio era la única compañía en un hogar burguesito tirando a modesto, con los villancicos radiados y el día de la lotería con su machacón sonido de los niños cantores de San Idelfonso, era el principal aliciente que nos indicaba que estábamos en Navidad y algo, no sabíamos bien el que, había que celebrar....

El tiempo y los años han hecho de esto una especie de recuerdo ñoño de una infancia difícil y poco agraciada sujeta a temores y miedos de timidez enfermiza, causa de un ambiente familiar poco grato, donde existía de todo menos convivencia de familia. Los años fueron minando la sensibilidad y las

ausencias de aquél Belén que pasó directamente y por decreto familiar, a manos de mis emergentes sobrinos. Un aperturismo personal al exterior, me hicieron descubrir otras “excelencias” de la vida, hasta la fecha desconocidas para mi, como fueron la atracción del sexo opuesto, las primeras decepciones amorosas y acompañado todo con el primer riego alcohólico de esa juventud idiota.

Ahora veo la Navidad con cierta apatía al descubrir una indiferencia por todo lo que parecía tener sentido en la infancia. Vivo la Navidad sin ánimo y aunque sigo esforzándome por mantener vivo algo de su espíritu, felicitando por escrito a más de 150 personas cada año, con la realización y colocación de mi personal Belén en la escuela de Arte donde trabajo o montando el que modelé para mi casa. Luego hay otro de 130 piezas, pero aquello es otra historia que quizás algún día cuente...

Pero, pese a tales voluntades no es lo mismo; echo de menos aquél olor a musgo artificial o la fragancia de las casas de corcho y las montañas de escorias salidas de la calefacción del Teatro Calderón de mi Valladolid natal. Lo añoro como el que añora los besos maternos ya imposible de recuperar; añoro el olor a castañas asadas de las calles envueltas en una espesa pero misteriosa niebla de aquél Valladolid provinciano.

Los años pasan y pesan haciéndonos recordar tiempos que no fueron de ningún modo, mejores. Tampoco los actuales son símbolo de perfección y los tenemos que soportar. Amén.

*Un soleado día invernal
Diciembre 2008
Jesús Trapote*